



## PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICIÓN

—  
AL QUE LEYERE

**L**A historia de la publicación de este libro es la siguiente:

En la modesta morada de un joven, cuyo elevado talento y vasta ciencia son tan conocidos de pocos, cuanto dignos de ser apreciados de muchos, se reúnen dos veces cada semana varios otros jóvenes, con el fin de consagrarse al cultivo de las letras y de adquirir, alentados de un noble estímulo, conocimientos de que carecen, por desgracia, algunos de nuestros ingenios más famosos.

Semejantes reuniones son tan sabrosas co-



mo útiles. En ellas no impera ningún género de charlatanismo. En ellas no se estudian las artes de engañar á la multitud, levantando mentirosos aparatos de ingenio y ciencia que la deslumbren, ni se reduce á práctica la enseñanza de combinar banderías cuyo destino sea crear injustas reputaciones y ejercer el monopolio de la fama en la esfera de la inspiración artística.

Á una de estas reuniones me condujo mi buena suerte hará como tres meses y medio, y confieso que, áun prescindiendo de las felices consecuencias de tal visita, no podré menos de recordarla siempre con delicia, merced al agradable espectáculo que en ella tuve el gusto de presenciar.

Nueve ó diez jóvenes, presididos por el dueño de la casa, se ocupaban en escuchar el análisis que hacía otro de ellos de la *Medea* de Séneca, y se preparaban á dirigir objeciones al imberbe crítico, cuya pericia en el conocimiento del rico idioma del Lacio me pareció tan notable como rara. El orador á quien aquella noche había tocado exami-

nar la más interesante acaso de las producciones del gran trágico latino, no sólo trazó un cuadro completo á grandes rasgos del estado de la civilización romana á la aparición de la *Medea*, para poder apreciar mejor la importancia de esta obra, sino que la analizó con arreglo á las teorías de la ciencia moderna, manifestándose tan versado en el conocimiento de las prescripciones aristotélicas y horacianas, como en el de Hegel, Lessing, Gioberti y demás grandes pensadores de Alemania, Italia y Francia.

Allí no había discípulos ni maestros; y, sin embargo, todos concedían espontáneamente los fueros de tal al que había concebido el pensamiento de realizar tan provechosos estudios; al que, anhelando ser útil y deseoso de influir, sin causar ruido, en el mejoramiento de nuestra literatura, mal herida en brazos de los fabricantes de versos, había querido establecer un gimnasio modesto, circunscrito, en el cual rindiesen culto cuantos se hallaren codiciosos de aprender y fueren enemigos del estrépito, no á la moda pasaje-



ra, no al entronizado ignorantismo, sino al arte civilizador y fecundo.

Satisfecho de hallar tal suma de saber en tan breves años; admirado de la rectitud y buen gusto del joven crítico, cuyo nombre siento no recordar en este momento, y dándome interiormente el parabién por los frutos que deberán producir tales reuniones en época no lejana, iba á despedirme ya del Anfiteatro de aquel festín literario, el Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra, cuando éste me advirtió de que aún habríamos de gustar nuevos manjares antes de la terminación del banquete.

La costumbre autorizada en el pequeño liceo de que hago mérito es, en primer lugar, leer uno ó más capítulos de los consagrados por algún célebre preceptista á determinar las condiciones fundamentales del arte, y discurrir acerca de su contenido, para apreciar debidamente el valor de la doctrina. En seguida procede el individuo designado por la suerte en la semana anterior á examinar, desde el punto de vista que más le place, al-

guna de las preciosas joyas dramáticas que nos ha legado la antigüedad ó que enriquecen la literatura española y extranjera de nuestros tiempos; y, por último, se leen composiciones poéticas de los circunstantes, y se analizan y corrigen con una buena fe y un amor verdaderamente fraternal.

Por una casualidad que sentí entonces, y que después he estimado providencial y dichosa, el alumno de las musas cuyas poesías debían ocupar á la asamblea en aquella noche, había olvidado el borrador de los versos que pensaba someter al fallo de sus amigos. Mucho me dolí de este olvido, porque deseaba conocer prácticamente los frutos de semejante ejercicio; pero aún fué mi sentimiento mayor cuando supe que entre las composiciones olvidadas había una cuyo destino era execrar las miserias de la envidia y la fatuidad de la ignorancia.

En tiempos como los nuestros, cuando se sublima a tanta altura la procacidad de los ídolos perecederos del vulgo; cuando tan malas artes se emplean para anular con la



intriga lo que no se puede abatir con el talento; cuando tan rápidos progresos se han hecho en el estudio de la hipocresía de la franqueza, y la envidia (tanto más intolerante y sórdida cuanto mayor es la conciencia de su pequeñez) intenta sofocar el fuego de la verdad, sin conocer que este fuego acabará tarde ó pronto por abrasarla, es de suma importancia, á no dudarlo, dirigir el rayo de la inspiración satírica contra el abrigo pestilencial y orgulloso de las pasiones que envilecen la augusta raza del hombre.

—Si no temiera molestar á Vds. (dijo entonces uno de los circunstantes), les daría á conocer algunas poesías de un joven de mi país, tan rico en infortunios como en ingenio, y dotado de cualidades morales que le deberían conquistar el aprecio de todo el mundo. Hace ya más de seis meses que me envió un cuaderno de composiciones, titulado *La Primavera*, y hoy es el día que no he podido conseguir que nadie quiera escucharlas.

—¿Y cuál es el nombre de ese ingenio desconocido?—preguntamos todos en coró.

—*José Selgas y Carrasco* (respondió el joven). Creo, añadió con el fuego de un entusiasmo generoso, que no me ciega la amistad en cuanto á su mérito, y que estas poesías, aunque poco afortunadas, como el que las ha creado, son de más precio que muchas de las que publican y ensalzan diariamente los periódicos de la corte.

—Veámoslas, pues (dijo otro de los concurrentes). Juzgo, sin que me asista para hacerlo razón ninguna ostensible, que no se equivoca en esta ocasión el amigo Arnao<sup>1</sup>. La circunstancia de no sernos conocido el nombre de Selgas, me impele á creer que sus obras se elevan sobre la esfera de lo vulgar. Si así no fuese, á estas horas nadie ignoraría que existe, y la prensa lo habría coro-

<sup>1</sup> D. Antonio de Arnao, joven de veintidos años, natural de Murcia, y poeta de claro ingenio y buen gusto.—Murcia ha producido en estos últimos años algunos hombres de mérito, cuyos albores dan muy felices esperanzas para lo futuro. Á este número pertenecen Selgas, Noriega, Arnao y algunos más que no tardarán mucho en darse á conocer ventajosamente en la república de las letras. En la de las artes deberá ocupar en breve el puesto que sabrá conquistarle su talento, el joven pintor Germán Hernández.



nado una y mil veces de aplausos de gacetilla. Poeta que no mete ruido, que no intriga, que no se elogia á sí mismo, debe ser bueno por fuerza.

En esto el joven Arnao desenrolló el cuaderno de poesías, y con una sencillez que revelaba la bondad de su corazón, dijo: «Si estas cándidas inspiraciones hablan al alma de Vds. como á la mía, si logran interesar á los que me escuchan, tendré una de las mayores satisfacciones que haya experimentado jamás.» Y leyó un precioso idilio, titulado *La caridad y la gratitud*, en el que pinta el poeta, valiéndose de una ingeniosa alegoría, la excelencia de ambas virtudes y los beneficios que resultan de practicarlas.

Desde que tuvimos el gusto de oír las primeras redondillas de la composición, comprendimos que los versos que escuchábamos eran hijos de un poeta. Á la terminación de la lectura todos creíamos que el autor de aquellas delicadas imágenes debía poseer un alma tan pura como sus versos.

Sin embargo, *La caridad y la gratitud* no

es de las más correctas ni de las más profundas inspiraciones del libro; y Arnao, que había querido proporcionarnos el placer de que saboreásemos gradualmente la belleza de tales flores, leyó en seguida la que él denominó *El retrato del Poeta*; es decir, el idilio, rico en espontaneidad y galanura, titulado *La modestia*. Esta gallarda poesía fué acogida con el mayor entusiasmo. Su mérito debía naturalmente producirlo: pues de mí sé decir que he leído pocas en las que un pensamiento más bello esté expresado en más delicada forma.

Á poco rato la reunión quedó terminada, y los que asistíamos á ella abandonamos el lugar en donde acabábamos de adquirir el conocimiento de un verdadero poeta. Desgraciadamente, son tan pocos los que merecen este nombre y tantos los que lo usurpan, que la aparición de un vate digno en el campo en que pululan tan torpes grajos, es un acontecimiento para los amantes de las letras.

Al despedirme rogué á Arnao que me facilitase por algunos días las composiciones de



Selgas, y le pedí que me autorizase para dar á conocer públicamente el indudable mérito de su amigo y paisano. Su amabilidad accedió á todo, y á los pocos días tuve el gusto de insertar en las columnas de *El Heraldo* (periódico que se goza de dar aliento á la juventud que vale) algunos renglones destinados á anunciar que acababa de aparecer en el cielo de la poesía española una estrella de clarísimo esplendor.

El público ha visto en las composiciones de Selgas, insertas en *El Heraldo*, lo mismo que en ellas habían aplaudido los individuos que se reúnen periódicamente en la calle de la Almudena, y ha confirmado su fallo de todo en todo. Siquiera en esta ocasión ha sido justo. ¡Deja de serlo tantas veces! ¡Es tan dócil para tolerar que su opinión sea suplantada cuando hay audaces empeñados en conseguirlo!...

Pero, afortunadamente, Selgas no era conocido aún cuando aquéllas se publicaron, y no había sido posible á la maledicencia envidiosa preparar el terreno en contra suya.

¿Será hoy lo mismo? ¿Habrà la misma buena fe para aplaudir lo que en el primer momento de sorpresa no se pudo condenar, porque la mayoría del público lo aprobaba, y ciertas gentes nunca se olvidan de representar el papel de cortesanos aduladores del vulgo?

Los que habían escuchado con mofa de labios autorizados <sup>1</sup> que las composiciones de Selgas poseían un mérito indisputable y venían á enriquecer legítimamente el Parnaso español de nuestros días; los que sin conocer las bondades ó defectos de tales obras habían puesto en duda el talento del poeta, porque nadie conocía su nombre, y, sobre todo, porque no había recibido el bautismo de la fama en el ahumado recinto del café del Príncipe; los que al ver el buen efecto que habían producido en la generalidad de los que sienten y piensan las tres composiciones sometidas en *El Heraldo* al fallo de las personas de gusto, variaron de opinión y

<sup>2</sup> Los de D. Rafael Maria Baralt, D. Juan E. Hartzenbusch y D. Félix de Uzuriaga, que habían leído en mi casa y celebrado lealmente algunas poesías del vate murciano.



cesaron de condenar el entusiasmo *extravagante* de los que tenían la *candidez* de aplaudir á un desconocido, ¿no buscarán hoy desde el polvo de su impotencia recursos para abatir al que reclama ser oído con tan valerosos títulos? ¡Plegue al cielo que no me engañe, aunque no sea más que por honor del gremio que se da á sí propio el nombre de literario!

Pero digamos, antes de proseguir esta historia, algunas palabras relativas á las circunstancias de su heroe. D. José Selgas y Carrasco nació en Murcia á fines de 1824. Su padre, D. Juan Antonio, fué honrado inventor de Correos de aquella administración principal. Declarado cesante, á pesar de su probidad reconocida y merced á sus opiniones contrarias, aunque inofensivas, al orden de cosas inaugurado en 1833, sufrió inmerecidas desgracias, y al fin murió de pesar, no dejando á sus hijos más herencia que su buen nombre, y á su esposa la modesta pensión de viuda correspondiente á su destino.

El joven Selgas estudió con aprovechamiento la lengua latina y sus clásicos y la filosofía en el Seminario conciliar de San Fulgencio. La falta de medios no le permitió seguir una carrera literaria. Desde los primeros años de su juventud se dedicó á aliviar la suerte de su familia, ocupando modestos y subalternos puestos en algunas dependencias y oficinas de la provincia, en las que siempre obtuvo el aprecio de sus jefes por su clara comprensión, por el buen desempeño de los negocios que se le fiaban, y por su honrado porte y suma delicadeza.

En sus horas de descanso se dedicaba á cultivar la literatura y la poesía, dando á conocer desde luego sus buenas disposiciones; y todavía era muy joven cuando escribió un *Cuento*, en el que, á vueltas de un plan desarreglado y un interés casi nulo, se encuentran descripciones llenas de vida y versos tan hermosos y galanos como los del señor duque de Rivas en *El moro expósito*, poema cuya forma se propuso imitar nuestro poeta. Además ha escrito poesías líricas muy



bellas, y tres comedias en uno, dos y tres actos, tituladas: la primera, *Todo un tío*; la segunda, *Dos ángeles*; la tercera, *La piedra filosofal*. En ellas se advierte, desde luego, una facilidad, gracia, soltura y animación en el diálogo, que no puede menos de sorprendernos en quien comienza apenas á cultivar la poesía dramática, y la segunda ha sido representada en el teatro de Murcia con muy buen éxito.

Selgas es sencillo, bueno, afable, honrado y generoso, rayando en abandono el descuido de sí mismo.

La degradación en materias literarias ha llegado entre nosotros á tanto, que basta saber pensar y escribir en prosa ó en verso, para no encontrar por nada del mundo editor que imprima y recompense medianamente los trabajos del literato ó las inspiraciones del poeta. Mientras más elevado es el mérito de las obras, menos propicios suelen hallarse los editores á adquirirlas. Para encontrar editores es necesario muchas veces haber perdido la dignidad de autor y áun la de hombre, y,

sobre todo, escribir mal ó traducir libros franceses.

Este cuadro parecerá exagerado, y no lo es. Más que verdaderos editores, los que en Madrid se ocupan en negociar con los frutos del ingenio, ni áun siquiera conocen lo que importa á sus intereses; y para uno que comprenda su posición y satisfaga dignamente las condiciones de su destino, hay mil que lo desnaturalizan y degradan, envileciendo al par la literatura, coadyuvando á barbarizar el idioma, y sembrando semillas cuya ponzoña no dejará de producir resultados perniciosos cuando apenas haya medio alguno de conjurar sus efectos.

Así, pues, los que sin conocer á Selgas anhelábamos que fuesen conocidas sus obras, desesperábamos de encontrar editor que se encargase de sacarlas á la luz pública, á pesar de sus breves dimensiones, en atención á que los editores sólo suelen curarse de publicar lo que entienden, y no han nacido las flores para perfumar al fiemo. Pero cuando más difícil se nos figuraba llegar al logro de nues-



tros deseos; cuando yo, principalmente, pensaba recurrir para realizarlos á la generosidad de una persona siempre amiga y protectora de la juventud y de las artes, me sorprendió agradablemente la idea de abrir una suscripción para llevar á cabo con facilidad, en honor y provecho del autor, y sin exigir de nadie lo que pudiéramos llamar sacrificio pecuniario, la impresión de tan delicadas poesías.

El ilustrado director de *El Heraldo*, don José María de Mora, autor de este feliz pensamiento, había creído que á nadie mejor que á los que se gozaron en publicar el mérito del novel poeta correspondía afanarse en dar á luz reunidas sus castas inspiraciones; y que de tal modo patentizaría *El Heraldo*, no sólo que reconoce y aplaude el mérito donde quiera que reside, sin que haya para él mejor recomendación que poseerlo, sino que sus hombres son verdaderos amigos de la juventud, y se apresuran á auxiliarla con recursos positivos en las personas de aquellos que la representan dignamente.

Como las ideas que nacen de un sentimiento generoso dejan rara vez de ocasionar provechosos resultados, la del Sr. Mora, cuya vasta ilustración y bondadoso carácter lo elevan á mucha altura, fué acogida y puesta en práctica en sólo un punto. El éxito ha justificado lo que indico.

La lista de suscritores que llena las últimas páginas del presente libro, y otras circunstancias que no deben ser ni serán ajenas al conocimiento de quien leyere este prólogo, prueban más que suficientemente la exactitud de mis palabras. El Sr. Mora debe, pues, estar orgulloso de su pensamiento, y los hombres que se agrupan alrededor de *El Heraldo* de componer la primera fracción política (tal vez no fuera injusto darle el nombre de gran partido) que, curándose de la juventud y de las letras, ha empezado á tenderles una mano bienhechora, sacando de la oscuridad en que yacía á un joven poeta de brillantes esperanzas.

Pero entre todos los que han contribuído á realizar esta buena acción, cuyo mayor



mérito consiste en la espontaneidad con que ha sido llevada á cabo, ninguno puede estar con más justicia satisfecho de sí mismo, ninguno es más acreedor á la gratitud de la juventud y de las letras, que el Excmo. Sr. Conde de San Luís, ministro de la Gobernación del Reino.

En medio de las graves atenciones del cargo que tan dignamente desempeña el señor Conde de San Luís, á cuya generosa sollicitud por la literatura y por las artes deben tanto unas y otra, no bien supo que existía un joven de mérito, oscurecido en el rincón de una provincia; no bien llegó á sus oídos que las inspiraciones poéticas de este joven salían de la esfera de lo vulgar, y que la fortuna había sido para con él avara de sus tesoros, quiso conocer por sí propio el valor de sus celebradas composiciones, y en cuanto leyó algunas de ellas, el claro talento y fino gusto que le distinguen le patentizaron que, efectivamente, Selgas no pertenecía al número de los embadurnadores que infestan el Parnaso castellano.

Merced á tal conocimiento; gracias al entusiasmo que inspira siempre al Sr. Conde todo lo que es grande y generoso, apenas le fué indicado el laudable pensamiento del Sr. Mora, cuando se apresuró á suscribirse por 100 ejemplares de *La Primavera*, y á manifestar el deseo de proteger, del modo delicado y digno que sabe hacerlo, al hasta entonces poco venturoso vate.

— « El hombre que recibe tan bellas inspiraciones (dijo después de haber leído algunas de las de Selgas y dirigiéndose al señor D. José Juan Navarro, persona de las que con mayor interés le hablaron en pro del poeta desconocido), bien merece la pena de que se le aliente. Y pues ingenio tan modesto ha carecido hasta ahora de ancho espacio donde volar, abramos desde hoy á sus alas más dilatado horizonte. Animar á los jóvenes de corazón y entendimiento; buscarlos donde quiera que se encuentren; estimularlos á ser grandes y virtuosos, debe ser la divisa de nuestro partido. Bastante ha predominado en otros el favor: predomine en nosotros la



justicia; no rehusemos á los hombres de mérito los oficios de amigos y admiradores. Lo que no podamos hacer en un día, procuremos verificarlo en un año. De este modo llegarán tiempos en los que ningún verdadero valer pueda quejarse de no haber siquiera obtenido una parte de la recompensa merecida.»

No haré comentario alguno acerca de estas palabras. Cuando hiere nuestros ojos la luz del día, inútil fuera detenernos en probar que ha desaparecido la noche. Pero á las almas de noble temple no les basta favorecer. Para quedar satisfechas de los beneficios que derriban, necesitan, al dispensar el favor, honrar al favorecido; y esta aspiración casi divina es tanto más admirable, cuanto es más propio de la vanidad humana favorecer por egoísmo, y blasonar de los favores en términos humillantes las más veces para aquellos que los reciben.

El Sr. Conde de San Luís es un valedor generoso y delicado. Esto sólo bastaría para hacer patentes las bondades de su corazón y

la altura de sus pensamientos; dotes raras en todas las épocas entre los hombres de Estado, y rarísimas, por desgracia, en nuestro siglo, en el que cuantos fijan su atención é intervienen en la marcha de los negocios públicos, procuran representar la comedia *Cada uno para sí*, con más propiedad y más empeño del que puso en escribirla nuestro inmortal Calderón de la Barca.

Veamos, pues, en corroboración de lo dicho, cómo el Sr. Conde de San Luís ofrecía su protección al joven poeta de Murcia, á los pocos días de haber visto la luz pública mi artículo de *El Herald*.

«SR. D. JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

» Muy señor mío : He leído con placer algunas de las composiciones poéticas que forman parte de la preciosa colección á que ha dado V. el título de *La Primavera*, tanto por la delicadeza y el buen gusto que en ellas resaltan, cuanto porque descubren dotes que, cultivadas con esmero y espaciadas en ma-